

y nosotros ó nos burlamos de ella, ó la perseguimos. Ellos eran fieles observantes de la integridad y de la justicia; y entre nosotros no se oye hablar sinó de fraudes, de concusiones, malversaciones, quiebras calculadas, y usurpaciones. ¡Ay! ¡Somos ramas degeneradas de un árbol sano y venerable! ¿Y quién es capaz de restaurarnos, haciéndonos dignos de la piedad y de la honradez de nuestros progenitores? Solamente María; sólo Vos, Señora, sólo Vos, Madre amantísima, con vuestra poderosa intercesión podéis ser nuestra rehabilitadora en la presencia de Dios. Salvadnos, Virgen Santísima, pues perecemos. Volved á nosotros esos ojos maternales, llenos de bondad, de salvación y vida: *Illos tuos misericordes oculos hac nos converte*; y después de la tristeza y privaciones de nuestro lamentable destierro, mostradnos en la bienaventuranza á Jesús, fruto bendito de vuestras entrañas purísimas: *Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende*. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosísima! ¡Oh dulcísima Virgen María! *O clemens, o pia, ó dulcis Virgo María!* ¡Cuán delicioso nos será adorar al Hijo, reverenciando á la Madre, y amar á uno y á otro por los siglos de los siglos!

CARDENAL DE VILLECOURT.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—*María puede protegernos.*

SUBDIVISIONES.—1. Es Hija del Padre.—2. Es Esposa del Espíritu Santo.—3. Es Madre del Hijo.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—*María quiere protegernos, porque es Madre nuestra.*

*Fili, honorem habebis matri tuæ.*  
Hijo, honrarás á tu madre.

(TOB., IV, 3.)

Los figuras sublimes, y en gran manera interesantes, dominan al mundo cristiano, A. H. M.; estas figuras son Jesús y María. Allí donde la fe católica ha plantado su bandera, lo mismo en las regiones donde la civilización levanta magníficos palacios, que en las apartadas latitudes donde el inculto salvaje se guarece de los elementos en una sencilla choza; lo mismo en las basílicas de la Europa cristiana y culta, que en los templos construidos con ramas donde el misionero celebra el Santo Sacrificio de la Misa, amenazado por la cuchilla de la persecución; en todas partes, al lado del altar que se erige al culto de Jesús, se eleva otro en honor de María; junto á la imagen del Hijo, se venera la imagen de la Madre. ¡Símbolo misterioso y profundo; alianza admirable, unión maravillosa de la fortaleza y de la debilidad, de la grandeza omnipotente de Dios, y de la miseria humana en lo que ésta tiene respecto á la mujer, de más augusto, de más santo y de más afectuoso! ¡Espectáculo sorprendente! ¡Una modesta hija de Adán, una humilde virgen, elevada al honor insigne de Madre de Dios; asociada en nuestros homenajes y piadoso culto á Jesús, morando en nuestros templos, colocada en nuestros altares al lado del mismo Dios!

Pero lo que más asombra es el carácter de ternura, la fe sencilla, la devota confianza que acompañan siempre, y por todas partes, al culto de la Virgen María, haciendo de él un culto separado, un culto prodigiosamente popular, un culto, en fin, que responde en cada individuo á una especial necesidad. Ahora bien, H. M., estos rasgos característicos de la devoción á la Virgen María, este culto respetuoso y al mismo tiempo lleno de un inmenso amor, se explica con solas dos frases: 1.º *María puede protegernos*; 2.º *María quiere protegernos*. Tal es, C. O., la dulce y consoladora verdad que me propongo des-

envolver, si me favorecéis con vuestra piadosa y benévola atención. Virgen Santísima, excelsa Soberana, dignísima Madre de Dios, si sólo un Arcángel pudo saldaros de un modo correspondiente á vuestra grandeza, ¿cómo me atreveré yo á tratar de vuestro poder divino? Venid Vos misma en auxilio de mi debilidad, puesto que voy á tratar de vuestro culto. Poned en mis labios palabras de amor, para hacer que os conozca todo el mundo, y á todo el mundo mueva á postrarse á vuestros pies.

AVE MARÍA.

## PRIMERA CONSIDERACIÓN.

MARÍA PUEDE PROTEGERNOS.

Decía poco há, que el primer motivo de nuestra confianza en María Santísima, y por consiguiente, el primer motivo de la devoción que debemos profesarla, es el poder que tiene para socorrernos.

En el mundo se mira ordinariamente como cosa honorífica tener amigos poderosos y opulentos. Los cortesanos se glorían en alta voz de la intimidad que gozan con el monarca, mostrándose tan satisfechos de ella que notrocarían por todo el oro de la tierra la gloriosa familiaridad que hace su orgullo y su alegría. También nosotros, H. M., cultivamos altas y honrosas amistades; amistades que no pasan, como las del mundo, con el capricho de un día, sinó que son eternamente duraderas. Tenemos en el Cielo una potente protectora á quien nos es dado recurrir todos los instantes. María Santísima, en efecto, nos puede proteger; lo puede en virtud de las relaciones con las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad, de que goza en los esplendores de la eterna bienaventuranza, y que le comunican un poder tan soberano, que no tiene superior después del de Dios Omnipotente.

Es, en primer lugar, Hija del Padre Eterno. ¿Puede rehusar un Padre cosa alguna á su hija más querida, á aquella en quien se complace? Con sólo que se le presente la hija de bendición, cuyas perfecciones tanto la recomiendan, obtendrá, de seguro, de su bondadoso Padre cuanto le pida. La ingenuidad de la hija, su candor, su obediencia y la atención que pone en cumplir con toda exactitud los mandatos, y en adelantarse á los deseos paternos, han ganado el corazón del Padre desde muy atrás. Para él es la hija su tesoro, su vida, el consuelo de sus canas. ¿Tendrá bastante resolución para negarla lo que le pide, siendo una cosa buena y justa? No podemos concebir sinó de este modo el proceder de un padre cariñoso con una hija digna de ser amada. ¿Cómo, pues, hemos de suponer que Dios Padre, el mejor y más perfecto de todos los padres; que Dios, en quien se resume toda paternidad, se conduzca de otro modo con su querida Hija, la más su-

misa y complaciente, la más servicial, la más perfecta de las hijas? Lejos de nosotros tan injuriosa suposición. El Altísimo nada sabe negar á su Hija predilecta, mucho menos cuando se acerca siempre al trono de Dios para implorar en favor de los hombres las divinas misericordias. Si; cada vez que María haga resonar su voz intercesora, será indefectiblemente escuchada.

María Santísima, en segundo lugar, es Esposa del Espíritu Santo; título que hace indudable su poder, porque un esposo jamás desoye á la esposa á quien ama. Todo entre ellos es común; lo mismo el gozo que las penas; lo mismo el placer que los dolores. Lo que uno quiere, quiere el otro también, y lo que uno pide no lo rehusa el otro. La unión de estos seres es como una lira misteriosa, cuyas cuerdas, herida una, suenan en acorde consonancia al propio tiempo. Así el Espíritu Santo, Divino Esposo de la Real Virgen de Judá, cuya inocencia y gracia han cautivado su corazón; el Espíritu Santo, repito, no puede negar nada á María, sinó que atenderá benigno á todos los deseos, á todas las súplicas de su casta, noble y celestial Esposa.

Pero no es suficiente aún en María el ser Hija del Padre Eterno y Esposa del Espíritu Santo, para constituir un privilegio exclusivamente suyo; porque todos los fieles son hijos de Dios Padre, y todas las almas justas son esposas del Espíritu Santo. La distinción principal de María consiste en ser además Madre del Hijo de Dios; distinción que, siendo incomunicable, forma el más glorioso de los privilegios de María Santísima. Ninguna criatura, en efecto, puede participar de su Maternidad Divina, y ninguna por consiguiente puede alegar ante Jesús el título que hace poderosa á una madre en la voluntad de su hijo. A este título, pues, principalmente, á título de Madre, posee María sobre el corazón de su Divino Hijo los más incontestables derechos y la autoridad más absoluta.

Un valeroso capitán de Roma, el joven é ilustre Coriolano, ofendido de la ingratitude de su patria, había abandonado su servicio, llevando á otra parte su valor y su espada. Avanzando contra Roma, hízola sentir en repetidas derrotas el peso de su venganza. Llegó un día por fin en que, cercada la ciudad por todas partes, y amenazada de una completa destrucción, juntáronse los romanos en el Foro para deliberar en común acerca de la salvación de la República, puesta en extremo peligro. Decídese que, para amansar al enemigo vencedor, la ciudad entera iría á postrarse á sus piés en su propio campamento. No habrían hecho más los romanos si hubieran sentido estremecerse la ciudad sobre sus siete colinas. A lo menos el movimiento de la población no habría sido ni más grande ni más triste. Congregóse el pueblo para dirigirse al campo enemigo. Los sacerdotes y ministros de los sacrificios abrían la marcha, revestidos de los sagrados ornamentos, y llevando en brazos las estatuas de sus dioses. Venía en pos del cuerpo sacerdotal el Senado, cubiertos sus individuos de anchas togas flotantes, y los ancianos adornados además de su celebrada reputación, cerrando esta imponente comitiva una multitud inmensa de

ciudadanos de todos los órdenes y edades. De este modo llegan al campamento enemigo, póstranse de rodillas á los pies de Coriolano, conjurándole entre lágrimas y gemidos que perdone á Roma, á la ciudad que le vió nacer, á la poderosa é ínclita ciudad en cuya defensa había desenvainado al un principio su valiente espada! ¡Inútiles esfuerzos! ¡Sollozos perdidos! El joven vencedor se muestra inflexible. Ha jurado sobre el ara de su orgullo vengar el desprecio que de él hicieran sus conciudadanos, y está resuelto á cumplir su palabra. «Nada de paz, responde, nada de tregua, y ménos aún de olvido ni perdón. ¡Guerra! ¡Guerra á sangre y fuego! ¡Odio hasta la muerte! ¡Venganza eterna, exterminio...!» En última línea permanecía de pié una comisión de las más nobles matronas romanas, entre las cuales se veía la madre de Coriolano. Reconócela el hijo, rompe por medio de la multitud, y corre hacia su madre con los brazos abiertos en ademán de abrazarla, como en efecto lo ejecuta, estrechándola contra su pecho. Lo que no habían conseguido de Coriolano, ni el temor de los dioses, ni el respeto á la más alta magistratura de Roma, lo consiguió el amor filial. El guerrero victorioso depuso, junto con las armas, el rencor antiguo contra Roma, cediendo á las súplicas de su madre.

Reflexionad ahora, H. M., que si un pagano pudo elevar á tan sublime grado el amor á su madre, no ha de quedar Jesucristo, Hijo más cariñoso que ninguno de los hombres, inferior á Coriolano. ¿Cómo podrá, pues, negar lo que su Madre le pida intercediendo por nosotros? María allá en el Cielo está junto á Jesús, rogando por sus hijos de la tierra. ¿Sufrirá repulsa de parte de Jesucristo, cuando le recuerde que le trajo en sus entrañas y le alimentó con su propia sangre? Nó: á tan tiernas reminiscencias del amor materno, Jesucristo deja caer de sus manos el rayo poderoso y apacigua sus iras. Es indudable, pues, el poder de María Santísima; tan indudable, que los Padres de la Iglesia se atreven á decir que la Santísima Virgen goza en el Cielo de una verdadera omnipotencia con sus súplicas: *Omnipotentia supplex*.

Pero ¿de qué nos serviría, A. H., que nuestra divina Madre tuviese todo el poder en sus manos si no quisiera servirse de él? ¿Qué sería su autoridad, ó qué provecho nos resultaría de ella, si se pareciese á las antiguas armaduras que se cuelgan por adorno, y que el brazo del guerrero no descuelga jamás, ni aún en los días de batalla? María Santísima quiere protegernos, lo mismo que lo puede, hallándose resuelta á no dejar inútil el poderío de que se halla revestida. Esto es lo que voy á demostraros en la

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

MARÍA QUIERE PROTEGERNOS PORQUE ES MADRE NUESTRA.

Dije que María Santísima quiere también protegernos, fundándose en una razón muy obvia, á saber: en que María es Madre nuestra. Es nuestra Madre en cuanto ha dado al mundo á Jesucristo, que es Hermano nuestro. Es nuestra Madre también, porque su Divino Hijo nos legó á María en su testamento de muerte en calidad de hijos. Siendo, pues, la Santísima Virgen Madre nuestra, no puede dejar de socorrer á sus hijos amenazados de grave riesgo, puesto que no hay madre en el mundo capaz de conducirse de otro modo con cualquiera de sus hijos. ¡Una madre! ¡Ah! ¡Quién me diera por hoy hablar dignamente de sus cualidades! Nada hay tan puro, tan santo, tan dulce como el nombre suavísimo de madre. Todos vosotros lo sabéis, H. M.; la madre es un tesoro, es la mejor amiga, es el Angel visible que la Divina Providencia puso á nuestro lado para consolarnos en nuestras penas, para sostenernos en nuestra lucha y tomar parte en nuestras satisfacciones. El amor á la madre es el primer sentimiento que brota en nuestro corazón y el último que se extingue. Observad al desterrado que espira lejos de su patria. Después de disponerse á comparecer en la presencia de su Criador y Juez, dedica el último pensamiento á su madre; y por su madre es la última plegaria; y la última palabra que pronuncian sus desfallecidos labios es el nombre de su madre. Y es cosa por cierto justa que corresponda así al amor inmenso de su madre. El corazón de ella es un abismo de ternura, un santuario donde arde sin cesar la sagrada llama de la abnegación. Vedla dispuesta siempre á sacrificarse, á dar la vida por su hijo. Ahora bien: María Santísima es verdadera Madre nuestra; luego no puede dejar de querer asistirnos y protegernos en nuestros peligros; luego no cabe en su afecto que quiera abandonarnos cuando más necesario nos sea su poderoso patrocinio. Apelo á vuestro testimonio, madres cristianas que me escucháis; decid si cuando, á costa de padecimientos, y en medio de gemidos, habéis dado á luz un hijo, á quien miráis como una perla preciosa, como la esperanza que os consuela, como una corona que os glorifica, tomáis ese hijo para dejarlo abandonado sobre las heladas piedras de un camino, expuesto á la lluvia, al granizo, á todas las vicisitudes de la atmósfera, ó á los rayos de un sol abrasador. ¡Oh! Nó; tanta barbarie no cabría en vuestro sensible corazón. Al contrario; cogéis al infante, fruto de vuestro amor y vuestras lágrimas, le abrigáis y comunicáis el calor de vuestro seno, y le alimentáis con vuestra propia sustancia, y le cubrís de besos, y le sostenéis gozosas en vuestros mismos brazos. El hijo así tratado,

viene á ser el regocijo de la familia y la honra del hogar doméstico. Por pobres que seáis, oh madres, no miráis al recién venido como á un importuno huésped, sinó como á un individuo principal de la casa, á quien es necesario preferir dándole el más mullido lecho y el más bien preparado manjar; á quien es preciso servir al menor gesto que haga reclamando vuestra asistencia, aunque tengáis que interrumpir vuestro tranquilo sueño en el silencio de la noche, ó la comida que había de restaurar vuestras fuerzas. Y si un día la mano de Dios toca al hijo de vuestras entrañas empujándole al borde del sepulcro; si llegáis á adivinar que se os va de entre las manos, dejándoos anegadas en inconsolable dolor, os agitáis temblorosas pidiendo á todos el remedio de sus males, hasta que desesperanzadas de encontrarlo en la tierra, acudís á demandarlo al Cielo, corriendo á postraros ante el altar de María pidiéndola la salud de vuestro hijo.

Ved aquí, A. H. M., hasta dónde llegan todos los días los cuidados, el amor y la abnegación de una madre cristiana. ¿Podéis creer que María Santísima, tan superior en todo al resto de las criaturas, carecerá de tan nobles y generosos sentimientos? ¿Temeréis que al invocarla entre sollozos, y en apremiante necesidad, desoiga vuestras súplicas, y desprecie vuestro dolor? ¡Oh! ¡Rechacemos tan injuriosa sospecha! María será para todos tan buena Madre, por lo menos, como nuestra madre natural. Querrá, sí, protegernos, ya que puede; y si puede y quiere, nos protegerá indudablemente.

Acudamos, pues, á María con toda confianza. Cuando las aguas de la tribulación amenacen sumergirnos; cuando el huracán de las tentaciones vaya á derribarnos; cuando sobrevenga la oscuridad de la noche, y el frío de la desolación en nuestra alma haciendonos pesada hasta la vida misma, levantemos el corazón á María, pidiéndola socorro. Errantes vamos por el océano del mundo. Si las olas amenazan tragarse nuestro débil barquichuelo, busquemos en lo alto la brújula que nos ha de guiar; llamemos al piloto que ha de salvarnos. Una y otra cosa será para nosotros la que se titula simbólicamente Estrella del mar, *Maris Stella*; la que es nuestra fuerza, nuestro escudo, nuestro eficaz socorro, nuestra más poderosa defensa: *Auxilium christianorum*; la que se complace en ser amparo de los pecadores: *Refugium peccatorum*; la que miramos siempre, y en particular á la hora de la muerte, como puerta del Cielo: *Fanua celi*.

C. BRETÓN.

## DISCURSO

PARA EL DÍA 27 DE MAYO.

### MISERICORDIA DE MARÍA SANTÍSIMA.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—*María es refugio de pecadores.*

SUBDIVISIONES.—1. Porque mira con horror al pecado.—2. Porque ha padecido mucho.

**PUNTO SEGUNDO.**—*María es abogada de los pecadores.*

SUBDIVISIONES.—1. Porque es Madre de los hombres.—2. Porque su cualidad de Madre hace que se interese por los pecadores.—3. Apostolado de María.

*In Bethsura (1) remanserunt aliqui ex his qui reliquerant legem et præcepta Dei.*

En Bethsura quedaron algunos de los que habían abandonado la ley y los mandamientos de Dios.

(I. MACH., x, 14.)

**P**ENSAMIENTO fué generoso, A. H. M., y de una alta moralidad el de los pueblos antiguos, abrir á los culpables un asilo donde la acción de sus adversarios quedase paralizada. Podría suceder que aquellos lugares de protección la dispensaran, tal vez, á audaces delincuentes; pero este inconveniente estaba bien compensado con preciosas ventajas. Desde luego recordaban á los hombres la supremacía del Todopoderoso, enseñándoles á respetar todo lo que la mano de la religión bendice y consagra. También representaban á Dios bajo el más bello y amable de sus atributos: el de la misericordia, disponiendo la justicia humana á la clemencia. Por último, protegían al débil contra el fuerte, al inocente contra el malvado, al oprimido contra su opresor, á aquella inmensa población de esclavos, en una palabra, libres después, por el cristianismo, de la inhumanidad de sus señores.

(1) Bethsura era una fortaleza donde se acogían ciertos delincuentes para sustraerse á la acción de las leyes.